

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

FEDERICO WATTENBERG.—*La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero.*—Madrid, 1959.—219 páginas en folio, 14 láminas, 2 mapas y numerosos grabados.

Constituye esta obra el Vol. II de la *Biblioteca Prehistórica Hispana*, colección de monografías publicadas bajo la dirección del Prof. Dr. Martín Almagro, Director del Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con cuya entidad ha colaborado en su edición la Diputación Provincial de Valladolid, habiendo servido a su autor de trabajo doctoral que fue dirigido por el Catedrático D. Cayetano de Mergelina.

El objeto de la presente monografía es, como su título indica, el estudio de la región vaccea, es decir, la comarca habitada por el pueblo vacceo que conocemos por las fuentes documentales antiguas, situada en la meseta norte de nuestra Península en torno al río Duero en su curso medio y su afluente el Pisuerga, así como el celtiberismo y la romanización de la misma, según se expresa en el subtítulo.

El autor ha organizado su trabajo de un modo lógico en cuatro partes. La primera parte, se refiere al territorio bajo los epígrafes siguientes: Noticias de las fuentes antiguas sobre el territorio, La crítica histórica, Historia vaccea, El territorio, El poblamiento, La organización provincial,

y Las ciudades ibero-romanas. La segunda parte se ocupa de los núcleos de población tratando de El dominio del Espacio y de Los establecimientos humanos. La tercera parte trata de las vías de comunicación bajo los epígrafes: Planteamiento del estudio de las comunicaciones, Las fuentes de estudio. Las ciudades identificadas de los viejos itinerarios. Mapas y planos. Las distancias itinerarias. Las vías del Itinerario de Antonino. Otras vías importantes no citadas en el Itinerario. Identificación de las ciudades vacceas. Concluye la obra con el Inventario de materiales correspondientes a hallazgos estratificados del poblado celtibérico del Soto de Medinilla (Valladolid) y de prospecciones varias realizadas en la región. Contribuyen decisivamente a la mejor inteligencia del contenido de la misma los numerosos grabados, láminas y mapas, intercalados algunos en sus páginas, y reunidos en su mayoría al final del texto.

Con *La región vaccea*, nos encontramos indudablemente ante un estudio concienzudo que obligó a su autor Federico Wattenberg a dirigir su actividad investigadora y recopiladora de datos en direcciones múltiples, ya de orden bibliográfico como las fuentes antiguas, la documentación medieval, los tratados, artículos y mapas modernos, ya de orden geográfico y arqueológico, recorriendo el territorio, haciendo prospecciones y búsquedas de materiales y restos de antiguos monumentos. Labor que solamente a base de tiempo, tesón y vocación hacia la investigación y el estudio es posible realizar, y únicamente comprensible y justamente valorable para quien como el Dr. Wattenberg, haya consumido muchas horas y energías en tareas similares.

Estamos de perfecto acuerdo con el autor de la obra que reseñamos en que si queremos penetrar en los secretos de nuestra prehistoria y conocer y comprender la vida y la cultura de las comunidades prerománicas hispánicas e incluso su romanización, hemos de atacar los innumerables problemas que tales empresas entrañan desde todos los ángulos posibles, tal como él mismo lo hace en *La región Vaccea*, haciendo entrar en la lid investigadora los testimonios documentales antiguos, el conocimiento geográfico y aun topográfico, la arqueología y la toponimia, por citar los más destacados, si bien lo limitado de las fuerzas individuales en

objetivos tan complejos nos expondrán siempre a padecer inevitables fallos, aun suponiendo en nuestra tarea un bagaje de conocimientos y una decisión como los que hace suponer la obra de F. Wattenberg, a la que, de señalarle alguna laguna, únicamente nos atreveríamos a apuntar, hacia el campo toponímico en el que creemos que sobrevalora ciertos términos y, en este caso quizá subjetivamente, hacia el método expositivo que nos gustaría menos iterativo e interferente.

JOSE MANUEL GONZALEZ

La formación de los Profesores de Idiomas Modernos.—Por Fr. CLOSSET.—Catedrático de Idiomas Modernos en la Universidad de Lieja.

La enseñanza de Idiomas Modernos, tiene por objeto, no solamente la utilidad que puede presentar la práctica de una lengua extranjera, sino además y sobre todo el interés emotivo que contiene el conocimiento de las civilizaciones extranjeras y una mutua comprensión de pueblos; en este mismo espíritu, los métodos de enseñanza tienden, no solamente a permitir el fácil empleo de la lengua extranjera hablada y escrita, sino también a hacer de la enseñanza de idiomas modernos cada vez más, una enseñanza que tienda a desarrollar la personalidad humana.

Pero estamos todavía lejos de ese ideal. Y para lograrlo la primera cosa que hay que hacer, como escribe Fernando Mossé "es modificar la formación profesional de los Catedráticos...". Y hay que empezar por preguntarse, si en ciertos países tienen o no razón para empeñarse en exigir a los Catedráticos de Idiomas Modernos, el conocimiento de dos lenguas extranjeras. ¿No sería más indicado, en beneficio de una enseñanza racional uno de cuyos objetivos es el de evitar al niño toda pérdida injustificada de tiempo y cualquier esfuerzo estéril, reclamar del Profesor que sea apto para enseñar la lengua materna y *una* lengua moderna (que así conocería mucho mejor)?

El Catedrático de Idiomas debería de recibir una formación más completa desde el triple punto de vista científico, pedagógico y humanista. Aunque lo primero que importa es que se readapten —como lo hemos demostrado, mediante la elección de lenguas— los programas en vigor en las Universidades a las nuevas condiciones de enseñanza. Se trata ante todo de hacer más homogénea la cultura que se pide a los Licenciados, de armonizar los estudios de Filología, de Literatura y de Civilización, con el fin de que el futuro Catedrático tenga una conciencia clara de todos los aspectos esenciales de la lengua y del país en que se habla esa lengua extranjera.

Dos partes debe de tener a nuestro juicio la formación del Catedrático; pero es oportuno notar que estas dos partes no rendirán su plena eficacia más que si están unidos entre ellos *orgánicamente*, y no mecánicamente, si por así decirlo se intercomunican de forma natural, incluso y sobre todo en la persona de los que tenga a su cargo la formación de los futuros Catedráticos. Esta formación debe de dar al candidato a Cátedras:

a) Un dominio de la lengua extranjera que le ponga en condiciones de servirse prácticamente de ella, en igual modo por oral y por escrito, así como de enseñarla;

b) Nociones científicas referentes a la lengua estudiada como función humana, y en segundo lugar, referentes al puesto que ocupa en la cultura universal, la literatura de la lengua extranjera en cuestión. El estudio científico (es decir no dogmático, sino interpretativo) de la lengua moderna debe de acompañar continuamente al estudio práctico de esta lengua, profundizando este último con ello. Esta enseñanza, conforme con el objetivo que se propone, tiene que estar confiada a profesores que están calificados para ello, en cuanto a la Lingüística, la Literatura y la práctica de la enseñanza.

Lo que quiere decir que esta formación no tiene que ser confiada exclusivamente a científicos puros, que con su trabajo diario no podrían estar en contacto con la práctica de la enseñanza. Así como tampoco se confiará exclusivamente a profesores por así decir "prácticos", que demasiado a menudo juzgan la "ciencia" como superflua.

Sin ninguna duda, la enseñanza de Idiomas Modernos es un arte; pero ¿en última instancia está fundado el arte generalmente sobre la ciencia? Si es necesaria la ciencia para el médico, para el ingeniero, prácticos por excelencia, con mayor razón lo será en un oficio intelectual como lo es el de profesor. Esas exigencias de orden científico no serán satisfechas más que si se cuenta con la colaboración de profesores que se orienten hacia la ciencia lingüística y la literatura, y sobre todo profesores que se sientan atraídos por la práctica de la enseñanza. Cada grupo de profesores deberá estar al corriente de lo que se enseña en el otro grupo. El que tiene la misión de enseñar de manera práctica la lengua y la Literatura, tiene que ser alguien que siga con asiduidad los progresos de los trabajos científicos, aunque no es necesario de forma absoluta el que también él contribuya con su trabajo personal. Y el profesor de "ciencia lingüística" por su parte, deberá por ejemplo en la elección de los temas de sus explicaciones, tener en cuenta el destino que van a tener sus alumnos: la enseñanza.

La formación profesional tiene que acompañar continuamente la enseñanza de la lengua y de la Literatura. No será considerada en modo alguno, como cosa que se añade precipitadamente a la enseñanza de la lengua y la Literatura, una vez que ha terminado esta enseñanza, tiene que formar un todo que se armonice con el resto: si no será perfectamente inútil, o casi inútil.

Un Licenciado en Filosofía y Letras, no es necesariamente un buen profesor. Su ciencia puede ser grande, su cultura notable, su inteligencia privilegiada: con todo eso no está seguro de que sus alumnos se interesen con él, en sus clases, y en todo caso nadie puede asegurar que será capaz de "transvasar" a su espíritu los conocimientos que tiene almacenados en el suyo.

Mientras se espera a que se haya impregnado de las exigencias de su oficio, a que haya encontrado el camino —si alguna vez lo encuentra— vocacional que necesita, es preciso que pueda apoyarse en algunas nociones psicológicas y pedagógicas, en un método preciso, y por lo menos en procedimientos cuidadosamente experimentados. Tiene que estar iniciado y acostumbrado al arte de enseñar, es decir: poner sus conocimientos

tos universitarios al alcance de los alumnos, manteniendo en constante actividad mental, es decir despiertos, sus jóvenes cerebros y activando su amor al conocimiento. Hay que hacer que nazca pues, en el Catedrático que empieza, el gusto por la investigación pedagógica, tanto como el deseo de información científica. Todo ello teniendo como objetivo ayudarle a economizar el tiempo y el esfuerzo de los alumnos, como conviene en la enseñanza de Idiomas.

Así se estima que el futuro Catedrático de Idiomas, debe de disponer, junto a la formación científica amplia y profunda, de informaciones profesionales y poseer los elementos esenciales de un método que le sirva de punto de apoyo, por lo menos hasta que haya brotado su personalidad pedagógica. Insistimos pues en la necesidad de que tenga una preparación seria: curso teórico: historia de la pedagogía, pedagogía experimental, Metodología general y especial, Fonética y Ortofonía, etc., preferentemente después del período de formación científica propiamente dicha. Y como corolario: una temporada de prácticas, debidamente pagado bajo la dirección del profesor de Metodología especial y de un Consejero pedagógico, que prepararía al futuro Profesor para su definitiva titulación.

Insistimos también en la necesidad de que en los programas de enseñanza figure como curso obligatorio y se enseñe de forma sistemática, la Fonética, en la Sección de Idiomas Modernos de cada Facultad: una Lengua no se puede enseñar con fruto más que por un profesor experimentado —por sí mismo y por su enseñanza— en Fonética y en Ortofonía, puesto que tampoco una enseñanza de Idiomas puede esperar alcanzar verdaderamente sus objetivos culturales y formativos sin una iniciación atenta de los alumnos a los sonidos más difíciles, a la acentuación de la palabra y de la frase.

En mi país se han asombrado y con razón, de ver que no figura en el programa de formación profesional, cursos de ejercicios en lengua materna. ¿Es que todo profesor en último análisis no es también profesor de lengua materna? ¿Y no debería de tener al mismo tiempo esta preparación, al paso que se prepara en *una* lengua moderna?

Otros estiman por su parte, que para paliar las lagunas en el cono-

cimiento práctico de la lengua que se va a enseñar, de la forma menos onerosa, el Estado debería de organizar en los cursos de Licenciatura, ejercicios de pronunciación, de conversación, de lectura, de práctica de idiotismos, ejercicios reservados a un número limitado de alumnos, dirigidos por persona competente y al corriente de la formación científica de los estudiantes.

De forma bastante general se postula también que se inscriba como materia del programa científico o pedagógico un curso de Civilización del país cuya lengua se estudia. La organización de semejante curso no encontraría dificultades invencibles, puesto que las premisas son ya conocidas: bastaría con que interviniese el principio de coordinación en la Universidad.

Finalmente, considerando que un profesor de Idiomas tiene que tener el dominio de la lengua y el conocimiento de la civilización del pueblo en que es hablada, antes de ser promovido Catedrático definitivamente, se insiste en la obligación imperiosa de una estancia mínima si ello es posible de un año en el país en que se habla la lengua que se va a enseñar. Los Gobiernos deben de conceder Becas a los futuros Catedráticos, o bien gestionarles puestos como Ayudantes en los países extranjeros, o mediante intercambio de acuerdo ambos Ministerios de Educación Nacional y Asuntos Exteriores.

Es un deber que concierne a las autoridades ministeriales: favorecer el perfeccionamiento de los Catedráticos en activo, dar la necesaria información a los Profesores, poner a su disposición libros y periódicos, concederles Bolsas de Viaje y otras ventajas, organizar cursos de "rejuvenecimiento" de conocimientos, refrescándolos y poniéndolos al día, etc.

Pero lo más importante seguirá siendo la conciencia que en último término tendrá todo Catedrático digno de este nombre por el hecho de que: nacer profesor es un don de los dioses; pero el llegarlo a ser mediante un esfuerzo consciente y perseverante es una nobilísima tarea. La preocupación constante por mantener y desarrollar los conocimientos adquiridos, dentro del marco de una combinación de disposiciones *razonadas* hacia el objetivo asignado a la enseñanza de Idiomas, el esfuerzo

continuo de la reflexión, de invención y de adaptación del profesor en sus funciones enseñantes, para que de ello se aproveche el mayor número posible de alumnos: todo eso son garantías de la eficacia y el renombre de una enseñanza nacional. Y cualquier maestría, vale en efecto los sacrificios consiguientes...

JULIO LAGO, *trad.*

MARIANO N. PAVIA.—*Drama of the Siglo de Oro A study of magic, witchcraft, and other occult beliefs.* 166 págs.

Nadie puede sorprenderse si ha frecuentado la lectura de nuestros clásicos del Siglo de Oro, y, hasta llegar a ellos, las distintas manifestaciones de nuestra literatura nacional, que en nuestros días, el estudio de la magia, brujería y otras creencias similares en el drama de esta época, haya dado una amplia base y cumplida documentación para un libro apretado de citas, bien informado, como el de Mariano N. Pavia, que ha editado el Hispanic Institute de Nueva York condensando la tesis doctoral presentada por el autor en Chicago (1947).

Dominada muchas veces, cruce de pueblos, heredera inmediata de Roma, España recibió en una u otra medida y debió dar asilo entre sus creencias primitivas y los cultos totémicos de arcaica tradición, al considerable bagaje que supasieron los mitos y tradiciones que desde Zoroastro llegan a Grecia para transfundirse después al ciclo romano y pasar en los tiempos de la dominación a incrementar las fábulas y fetichismos de nuestros antepasados. A esta primera importación habría que añadir la posterior siembra del pueblo árabe, experto en la magia y en la práctica de extrañas adivinaciones. Y posteriormente, el caudal de filtros amorosos, encantamientos, bálsamos de infalible remedio, redomas de líquidos espirituosos, fuentes mágicas, castillos voladores y círculos cabalísticos que supusieron la aportación de los libros de caballería hasta ser puestos en la picota por el juicio equilibrado del autor del Quijote.

La ignorante superstición que doblegaba las inteligencias ante semejantes cultos queda explicada en la Alta y Baja Edad Media por el desconocimiento teórico de un cristianismo vivido con fervor. El mismo ambiente, aunque con distinta actividad subjetiva, y reducido a un medio popular, lo encontraremos en el Siglo de Oro, como una antítesis de la gran corriente teológica que estimularon primero nuestros místicos y ascetas y posteriormente los autos sacramentales. Realmente existe esta doble actitud de fe. Y si al influjo del Renacimiento y la admiración consiguiente por los temas clásicos unimos la tradición medieval y el costumbrismo podremos explicar no solo las producciones que tienen como elemento básico los temas mágicos, oráculos, brujerías, etc. sino la utilización de alguno de estos elementos y de la mitología y fábulas griegas y romanas para estructurar el edificio teológico y apologético de los autos que se representaban en las grandes festividades eucarísticas. Bances y L. Candamo (1662-1704) por ejemplo no tendrá inconveniente en unir el tema de la creación y redención del hombre a los conceptos de la alquimia en su auto sacramental "El gran químico del mundo". Pero donde cobra más vitalidad la inserción de los mitos paganos, las artes adivinatorias, el poder de la astrología y toda clase de artes y cultos secretos es, sin duda, en la comedia y sobre todo en el quiebro burlesco, humorístico, del entremés. Sobre los poderes mágicos y su influencia, escribe Quevedo *Las sombras*; Quiñones de Benavente *El mago*; Francisco de Castro *El Entremés de Mundinovo y Hórgano y el Mágico*; José de Cañizares *El talego encantado* y Lope de Vega el juguete histórico *La mayor desgracia de Carlos V y hechicería de Argel*. Como artificio cómico fué frecuentado igualmente el tema de la posesión diabólica y el hechizo por filtro introducidos por Juan de Timoneda en *Los Menemnos* —adaptación de Plauto—, por Quevedo en el *Entremés famoso de la endemoniada fingida y chistes de Bacallao* y más tarde por José de Cañizares en *El asombro de la Francia, Marta la Romarantina* refiriéndonos únicamente al teatro.

El hecho de que Lope de Vega frecuentara el tema de la astrología hizo creer a no pocos críticos en la anuencia del Fénix a tales tipos de influencias. La tesis es tratada también por otros autores —en mas

de diez y ocho comedias por Calderón— sin que ello quiera decir que su utilización respondiera, como decíamos anteriormente, a una actitud de credibilidad.

Otro de los temas tratados por Mariano N. Pravia en su libro es el que se refiere a las brujas y sus aquelarres y que no podía estar ausente, porque no lo estuvo de la vida real, de nuestro teatro en el Siglo de Oro. Aunque expresamente el autor no lo consigna, sabido es lo que inquieta a la Edad Media y parte de la Moderna la existencia real o ficción de las brujas y sus aquelarres.

Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* nos brinda la primera referencia existente en lengua española sobre el tema: Se trata de la obra del obispo Lope Barrientos, escrita por mandato de Juan II. "De la Adivinanza". Pero en el 909 ya se hace alusión a un cánon episcopal muy discutido, que fue copiado por el abad benedictino Regino de Prüm donde se habla de "mujeres malvadas" que "pervertidas por el diablo" y seducidas por sus ilusiones, en el profundo silencio de las noches, atraviesan grandes distancias. Mucho se escribirá a partir de estos testimonios sobre estas mujeres y sus aquelarres así como sobre la posibilidad de sus viajes especiales para acudir a la cita diabólica, al tiempo que se actúa prácticamente condenándolas a la hoguera y haciendo intervenir en la depuración a los inquisidores. En su *Discours de Sorcières* (1600) Enrique Boguet, que condenó a muerte a más de 600 personas en la región del Jura, nos cuenta con detenimiento todo lo relacionado con los aquelarres de una manera demasiado real para que no tenga parte en ella una excesiva fantasía. Según dicho autor, las brujas son llevadas al aquelarre por el diablo utilizando cabras u otras bestias o por el expeditivo procedimiento del palo o las escobas voladoras. Las reuniones se celebraban en cualquier día, y especialmente los magnos aquelarres, coincidiendo con las grandes festividades religiosas. Los lugares de reunión estaban en sitios donde no había agua, cerca de algunos árboles o alguna cruz. Satán era adorado —nos dice— por la brujería ya en forma de hombre o de macho cabrío y los brujos y las brujas después de bailar espalda contra espalda ofrecían velas al diablo. Posteriormente las brujas dan cuenta de sus fechorías, ratifican su

renuncia al bautismo y, tras oír la exhortación al mal que les hace el diablo asisten a la "misa negra" o parodia del Misterio del Calvario.

En 1610, en el auto de fe de Logroño, los reos confesaron que estos aquelarres tenían lugar en Zugarramundi y Berroscoberro, en el país vasco, dándose como caso curioso la denominación local en contraposición a gran número de teorías que sostienen la tesis de que no había una asamblea real, sino un estado particular de hipnosis del individuo, producido por hierbas estupefacientes que persuadían al sujeto de haber vivido en la realidad cuanto le acontecía en el sueño artificial suscitado por el narcótico.

En esta atmósfera, que hoy acucia nuestra curiosidad únicamente, se movían de una manera vital y recibían sus influencias, nuestros más eminentes autores. Ver en qué medida penetraban en su credibilidad tales noticias, a veces, milagros reales y casos auténticos de posesión diabólica, y fantasmagoría popular en su mayor parte, requeriría un estudio que no aborda en absoluto el autor de "Drama of tre Siglo de Oro". Si por su parte señala que siempre al contar nuestros clásicos con el tema de la astrología, es para tratarlo, desde el Arcipreste de Hita, como hechos que pueden ser vencidos por el libre arbitrio del hombre, del uso que se hace de él en el teatro —siempre en tono festivo— podemos deducir nosotros el escepticismo con que eran acogidos tales hechos en el siglo aureo de la ascética y la mística, en que existían realmente los iluminados y las apariciones demoníacas, al par que los santos más eximios y los delirios del éxtasis.

Mariano N. Pavia, aduce textos españoles que corresponden a periodos que no podemos situar dentro del Siglo de Oro, así como documentos foráneos que demuestran la universalidad que estos motivos tuvieron en Europa. No incluye ningún comentario personal, ni saca otras consecuencias que las que inserta al final de la obra sobre la fuente de estos temas que, se observa por los testimonios que ofrece, son frecuentes en la literatura y en las creencias de los hombres del gran siglo.

Un gran trabajo de investigación, severo en el método y en la documentación bibliográfica.

JOSE MARIA SANTANO CILLEROS

RODOLFO E. MODERN, *El expresionismo literario*. Editorial Nova. Buenos Aires. 148 págs.

La Editorial Nova de Buenos Aires ha emprendido un camino encomiable en extremo, lanzando una colección de volúmenes de varia especialización bajo el título de "Compendios de iniciación cultural". Si la primera parte del citado epígrafe es justa, pues los volúmenes no llevan excesivas páginas ni tienen la presentación de eruditos fárragos técnicos, cuanto puede colegirse del resto de la denominación sobrepasa el concepto incubado por el lema en quien encuentra tal título en la portada de un libro de escasa paginación.

De esta colección habíamos tenido ocasión de leer otras obras: "La teoría del teatro" de Castagnino, "La técnica literaria y sus problemas" de Carmelo N. Bonet y "La Estilística" de Pierre Guiraud. Hoy tenemos ante nosotros el libro de Modern dedicado a estudiar el movimiento de comienzos de siglo bautizado con el nombre de expresionismo. Como los anteriores, aparece sin aparato crítico ni científico, sin citas a pié de página, sin ambiciones de empaques académicos, es decir, sin los aditamentos que para el crítico superficial constituyen de antemano la patente de una obra profunda, enjundiosa y llena de valores. Sin embargo, por su método, planteamiento, claridad y valor formativo, superior a la finalidad divulgadora, brinda al lector culto, con la máxima sencillez, la génesis, esencia, técnica y mensaje del movimiento.

Justo es notar que a estas primeras condiciones hay que añadir el amor con que el autor ha tratado el tema por su ascendencia germánica y su dedicación espontánea y natural a la literatura alemana, y el mismo contenido doctrinal de esta revolución artística, que si no tuvo una gran trascendencia literaria, ni un ambito demasiado amplio en su extensión ni en su influencia práctica, campea al menos en la historia literaria, y se hace admirar, por el coraje con que los distintos grupos juveniles expresionistas, levantaron bandera contra la decadencia impuesta por la materia. La génesis del expresionismo está, sin lugar a dudas, en el reconocimiento de que la humanidad se ha precipitado ávidamente al caos, es decir, está frente a una quiebra de los valores de la civilización en una medida antes inconcebible. Y se ven los sínto-

mas de este abatimiento en el triunfo de una jerarquía materialista, en la invasión de la máquina y de la técnica, en la superstición de la ciencia y el progreso, en el predominio de una concepción burguesa de la existencia, en la miseria de la clase desposeída y la consiguiente multiplicación del proletariado, en el engranaje económico de tipo capitalista, en el culto a un Estado omnipotente, infalible y omnicomprendivo. De ahí el grito de la generación joven que dió vida al expresionismo. Y de ahí también, ese hechizo de simpatía por su obra espiritualizadora, que se une a la atracción de los aspectos didácticos e informativos que la obra que comentamos.

El grito del expresionismo —estridente, goloso de resonancias, despabilador— que se incubaba en las distintas artes, que enardece los ánimos de una juventud nueva y ambiciosa en la búsqueda del hombre nuevo y la nueva concepción de su mundo, exigía un historiador con comprensivo, cálido, aunque describiera en breves líneas y en "compendio" el impulso vital de quienes ya habían sentido la influencia antirracionalista de Bergson. En *Modern* encontraron ese estilo y comprensión junto al interés por un movimiento que ha tenido muy pocos historiadores.

El volumen lleva, además, en sus últimas cincuenta páginas, unas antología poética destinada a mostrar las notas más constantes y significativas que aparecieron en los poetas expresionistas, y al mismo tiempo, ofrece al lector los poetas más destacados del movimiento con sus composiciones típicas, aclarándose que, aunque el expresionismo se extendió igualmente a la prosa y al teatro, su latido puede captarse fielmente en la especie lírica con preferencia a las otras. En la antología se incluye también una breve referencia biográfica donde se incluyen las distintas obras de cada autor.

De lo anteriormente dicho, puede deducirse claramente la buena impresión que nos ha producido el compendio. Es de utilidad para la divulgación como los que señalamos anteriormente de la misma colección, resulta una monografía un tanto apretada para el estudio y puede servir de complemento para tareas docentes. En suma, un libro breve, enjundioso y merecedor de que se repare en él a pesar de las ausencias eruditas a que ya hemos aludido.

JOSE MARIA SANTANO CILLEROS

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN.—**Antología de cuentistas españoles, contemporáneos.** Editorial Gredos. 395 págs.

No sabemos la aceptación que ha tenido entre el público la antología que patrocinada por Gredos ha preparado F. García Pavón. Ya en el prólogo, el antólogo se queja de la escasa atención que el género merece a nuestros contemporáneos, en parte debido a su carácter volandero, a su dispersión en revistas y periódicos y al desamparo en que se encuentra por parte de la máquina propagandista y de la mayoría de los editores. Mientras otros géneros gozan del favor popular —novela— o al menos son estimados y gustados por una minoría culta que cada vez gana más en extensión —teatro especialmente y poesía— el cuento, hijo menor de la narrativa, apenas si es conocido y estimado en algún ambiente en la proporción debida.

Sin embargo, en su vida silenciosa y olvidada, el cuento subsiste en la actualidad con un vigor extraordinario, como un producto tradicional que, con sus propias fuerzas, reivindica sus fueros fortalecido por el imperio de la ley del vertigo, del dinamismo moderno. Su esplendor no deslumbra porque muy pocas veces aparece en colección y cuando estas se logran es en ediciones exiguas, costeadas muchas veces por el propio autor, que no tienen el favor de la propaganda dedicada a otras empresas.

Es significativo que entre los cincuenta autores que recoge García Pavón en su Antología puedan entresacarse cincuenta y dos libros de cuentos que no han llegado al dominio del gran público entre otras causas porque nadie proporcionó el estímulo suficiente.

Por eso es encomiable la presencia de esta Antología. Una Antología honrada —como dice el compilador— donde caben todas las escuelas y estilos y donde se recogen las producciones más significativas de los autores consagrados y de quienes no habiéndose destacado aun en otros géneros, se dedican con acierto y devoción al cultivo del cuento. Y como es lógico, con ausencias, no debidas a mala voluntad, sino por la dificultad aneja a semejante proyecto o la desgana de quienes fueron invitados a formar parte de ella y no prestaron su colaboración.

Comprende la obra cincuenta autores cuya producción oscila entre los años 1939 y 1958: desde Chicharro Briones hasta Ramón Nieto, incluyendo, entre otras, producciones de Eulalia Galvarriato, Carmen Conde, Muñoz Rojas, García Luengo, Mercedes Ballesteros, Camilo José Cela, Luis Romero, Zamora Vicente, Elena Soriano, Rafael García Serrano, Castillo Puche, Aldecoa, Carmen Bartín Gaité, Ana María Matute, Fernández Santos, Sánchez Ferlosio, García Pavón... Casi todos ellos unidos por la inquietud de buscar al hombre real, con sus problemas, con sus auténticas actividades, con su verbo popular y en ocasiones desgarrado; por el cuidado de un estilo directo, incisivo, sin rodeos ni galas literarias, sin descripciones minuciosas, sin más poesía que la que pueda brotar de la anécdota o la estampa. Y junto a ello la tendencia a huir del cánón tradicional, del concepto rígido de la preceptiva —exposición, nudo y desenlace— hasta el punto de llegar a veces a la captación de la imagen fugaz, la estampa, en que la anécdota ha desaparecido o tiene solo un valor secundario de cañamazo, sobre el que van a perfilarse en su andadura las figuras de los personajes con sus reacciones más simples.

Estas pudieran ser las notas comunes dentro de la lógica disparidad intencional y estilística. Tanto las similitudes como las discrepancias testimonian sobre la situación excepcional del cuento en nuestros días y permiten construir las grandes líneas que delimitan el horizonte del género.

Saludamos agradecidos la aparición de la Antología que ha preparado García Pavón a la que debieran seguir otras aún más extensas, que reivindicaran los derechos indiscutibles del cuento actual a ocupar un lugar señero dentro de la historia literaria de nuestros días.

JOSE MARIA SANTANO CILLEROS

SIR MAURICIO BOWRA.—*La aventura griega*.—Ediciones Guadarrama, Madrid, 1960.

Con el libro de Sir Mauricio Bowra, "La Aventura Griega", inicia la prestigiosa entidad madrileña "Ediciones Guadarrama" una monumental Historia de la Cultura, en la que colaboran los más autorizados

especialistas europeos en tal materia. La empresa es ambiciosa, y, al mismo tiempo, necesaria en España. Hasta ahora el estudioso que desee informarse de pasadas peripecias culturales, tan pronto como trate de superar el escueto contenido de los manuales en vigor —gárrulos textos de enseñanza académica— se ve en la necesidad de bogar en el caos de una bibliografía onerosa y caduca, llena, además, de extensas zonas muertas. Ignoramos el plan general que seguirá "Ediciones Guadarrama" para llevar a buen puerto su propósito. Pero a juzgar por el volumen publicado, objeto de esta reseña, y de los que anuncia en inmediata sucesión editorial, ese propósito no puede ser más prometedor.

La visión que Bowra nos ofrece en su estudio es como el bosquejo, realizado con extraordinaria precisión, de lo que fueron los griegos durante los años de su esplendor cultural. Abarca, sobre poco más o menos, desde la aparición de la poesía homérica hasta finales del siglo cuarto antes de Jesucristo. El mundo prehelénico apenas es rozado, y el helenismo, con sus opulentas sugerencias, queda íntegramente excluido. Por otra parte Bowra presupone en el lector caudal suficiente de conocimientos sobre historia —política, religiosa, y artística— del pueblo griego. Su libro, escrito con pasmosa sencillez y claridad, no es, ni mucho menos, un libro de divulgación. En él encontraremos, sólidamente trabada con gran acopio de erudición, la estructura interna y dinámica de un modo característico de civilidad. De ahí que sea el hombre griego, su peculiar manera de "estar en el mundo", lo que condiciona básicamente, y le confiere vigor, a este magistral estudio.

Resultaría ahora extemporáneo intentar señalar nuestra deuda con Grecia. Aun los más indoctos la proclaman a los cuatro vientos con entusiasmo tan desmedido, tan cargado de beatería, que, lógicamente, induce a sospechar la existencia de fallos garrafales en ese entusiasmo. Toda beatería, cualquiera que sea su matiz, significa siempre dos cosas íntimamente relacionadas: pereza mental, e ignorancia. Nuestra deuda con Grecia —hablando como hombres occidentales— es difícil de dilucidar, y no está a merced del entusiasmo gratuito por una razón muy sencilla: porque hasta hace algo más de un siglo no conocíamos el auténtico perfil de la Grecia clásica.

La civilización occidental es un producto genuino, un resultado, de la civilización greco-romana. Ahora bien, ésta última no procede directamente del mundo clásico griego. En ella gravita con toda su fuerza, y con todo su exotismo, el conglomerado cultural helenístico. Cuando Europa, allá por la octava centuria, después de tres siglos de interregno, conforma inicialmente —como campo de intelegibilidad histórica— su primigenia faz cultural, son los residuos del mundo greco-romano los que la alimentan, y, en consecuencia, los que van a influir de modo casi dictatorial en su desarrollo. El primer contacto que tiene con la filosofía griega lo realiza a través de los árabes. Siglos más tarde, cuando la embriaguez renacentista desentierra el esplendor del arte clásico, lo único que sabe encontrar —recuérdese el éxtasis de los artistas romanos ante el Laoconte— son las creaciones del arte helenístico. Grecia, en la pureza desnuda de sus líneas, no aparece en Europa hasta bien entrado el siglo XVIII. Hasta ese momento fué sólo un recuerdo deformado y remoto. Su legado es divagante y repleto de interferencias. Y, por ello, difícil de rastrear.

No son estos, sin embargo, los problemas que preocupan a Bowra. En su libro no nos apartamos un sólo momento del espacio temporal antes señalado. A lo largo de sus páginas adivinamos un tema de valor elemental, como el contrapunto que le confiere unidad orgánica: el tema del hombre instalado en una característica circunstancia. Y desde ese tema vemos como la voluntad de progreso por un lado, y el anhelo de perfección casi estático por otro, la tendencia a captar en toda su desnudez la realidad, y el deseo de evasión idealista, el movimiento de la vida, y la estabilidad del ser, son las antinomias donde se contrabalancea continuamente el pensamiento griego, sin eludir las en ningún instante. Acaso el meollo más profundo y decisivo de su historia radique, precisamente, en los esfuerzos realizados para resolver de modo armónico esas antinomias. En ellas yacía algo que le daba coherencia y significación: el concepto de la naturaleza humana, considerada esta como la suma de cuantos elementos —naturales o espirituales— rodeaban al hombre. Por eso en nada fueron los griegos más valientes, o más racionales, —afirma Bowra— que en la valoración del humanismo, tanto en sus posibilidades como en sus limitaciones.

El máximo interés del erudito, y su esfuerzo más continuado a lo largo de todos los capítulos del libro, se centra en este citado tema del hombre y su puesto en el orbe. Lo asedia desde todos los ángulos posibles: el político, el religioso, el social, el artístico, el científico, y el filológico. Encontramos en este libro, por consiguiente, la estructura radical adoptada por el hombre griego frente a la vida, lo que nos sirve para penetrar con paso seguro en las manifestaciones expresivas de su laborar, y de ese modo conocerlo mejor. Nos hallamos ante un estudio cargado de sugerencias, que aclara y sitúa en su verdadero lugar la extraordinaria aventura griega.

Según se indica en una de las pestañas de la sobrecubierta del libro, Ediciones Guadarrama publicará esta magna Historia de la Cultura, de la que "La Aventura Griega" es una parte, al alimón con la editorial inglesa "Weidenfeld y Nicolson".

J. VILLA PASTUR

JOSE ORTEGA Y GASSET (*Obras Inéditas*). **Una interpretación de la historia universal** (En torno a Toynbee).—Revista de Occidente, Madrid, 1960.

En el año 1948 comenzó a funcionar en Madrid el "Instituto de Humanidades" creado por Don José Ortega y Gasset, para el estudio desinteresado, imparcial, y científico, de los problemas culturales decisivos en la época que nos tocó vivir. Sus actividades se inauguraron con un curso profesado por el propio Ortega y Gasset, y su éxito fué tan resonante, que el local elegido para celebrarlo resultó exiguo en demasía, por cuya causa se dió en una de las salas cinematográficas madrileñas de mayor aforo. El curso, compuesto de doce lecciones, se titulaba: "Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal, (Exposición y examen de la obra de A. Toynbee, *A Study of History*)". Ese curso acaba ahora de ser publicado por la editorial "Revista de Occidente" con el

título reducido de "Una interpretación de la Historia Universal".

La preocupación de Ortega y Gasset por la Historia fué permanente y continua a lo largo de toda su obra. Citar los ensayos o libros donde aflora esa preocupación sería citar su bibliografía completa. Es el sustrato más fértil y vigoroso de su pensamiento, de tal forma que la "razón histórica" fué el escabel que le sirvió para auparse al elevado panorama de la "razón vital". No pudo, por lo tanto, resultar más sólito el haber elegido, para las primeras andanzas de su "Instituto de Humanidades", un comentario en torno a la morfología del acaecer histórico. Y en aquellos años lo más nuevo y persuasivo que ofrecía la ciencia histórica era, indudablemente, el estudio de Toynbee, entonces en curso de publicación.

Ortega y Gasset inició sus lecciones con una promesa de ascetismo riguroso, que no podía cumplir de ninguna manera. Anunció, de modo casi solemne, que iba a limitarse a exponer sucintamente el pensamiento del historiador inglés, sin entrar en beligerancia con sus doctrinas hasta las últimas lecciones del curso, y le bastó, no obstante, el encontrarse un poco después con el concepto de nación en Toynbee, para comenzar con él una especie de "mêlée", de cuerpo a cuerpo, que mantendrá, visible o soterraño, a lo largo de todo el curso, a no ser cuando momentáneamente se olvida de Toynbee, y campea al arbitrio de sus propias ideas, brillantes como siempre, y como siempre cargadas de novedad.

"Una interpretación de la Historia Universal" es, por ello, un libro bifronte: un libro con dos caras, o, si se quiere, dos libros imbricados en volumen conjunto. Polémico uno, y doctrinal el otro. Y de ellos, lógicamente, es el último el que arrastra la atención del lector, ya que viene a ser como una aplicación práctica de los métodos de la "razón vital" al estudio de la historia.

Toynbee parte para su estudio —y en esto coincide con la mayoría de los historiadores— del carácter paradigmático que tiene la civilización grecoromana para el resto de las civilizaciones, sobre todo para aquellas que se resisten a mostrar —por no haber llegado orgánicamente a su final, o por hundir su armazón en la bruma del paso— su total anatomía. Y eso es lo que hace: estudiar la Historia de Roma, sacar de ella un molde esquemático, y después meter en ese molde, venga o no a cuento,

todas las demás civilizaciones. Ahora bien: su idea básica y fundamental es que las civilizaciones constituyen "campos históricos inteligibles", o sea: realidades cerradas, enterizas, que se pueden y se tienen que entender sin salirse de ellas. La historia de España no se puede explicar, por ejemplo, sin hacer referencia a otras historias nacionales, en cambio la historia de la civilización occidental tiene íntegro sentido sin necesidad de transgredir sus límites geográficos y temporales.

El número total de esas civilizaciones, incluyendo las cuatro actuales, es según Toynbee, el de veintiuna, de las cuales quince nacen de otras existentes y se encuentran, en consecuencia, con ellas en estricta relación de filialidad. Hay por lo tanto seis civilizaciones originales, autóctonas, sin precedente. Son la egipcia, la mesopotámica, la egea, la sinica, la maya, y la inca. Nacen de la respuesta que dan ciertos hombres a un reto de la naturaleza. Para Toynbee se origina el reto en endémicos estados de sequía sobre regiones hasta entonces feraces, y la respuesta consiste en retirarse los citados hombres a zonas regadas por grandes corrientes fluviales, que dominan con nacientes técnicas agrícolas. Entre esos grupos ribereños surgen las correspondientes rivalidades —tiempos revueltos— hasta que uno de ellos consigue enseñorarse de los restantes, iniciando de ese modo su imperio. En el final de esos imperios intervienen dos factores nuevos: un "proletariado interno" que impone su religión, y un "proletariado externo" presionando en su frontera —pueblos bárbaros— hasta que logra quebrantarla. Estos pueblos adoptan la religión del proletariado interno y la elevan a Iglesia Universal. Y así una y otra vez mientras el mundo existe. En realidad Toynbee ha estudiado el final de la civilización grecorromana, y los comienzos de la occidental, y ese fenómeno de nacimiento y muerte lo aplica íntegramente al resto de las civilizaciones. El considerar a estas, además, como "campos históricos inteligibles", impermeables a cuanto les rodea, le lleva a un "biologismo" pobre y excesivamente rígido.

Ortega, con sagacidad, y sin mucho esfuerzo, desmonta todo ese mecanismo. ¿Se dan en las civilizaciones egea, andina, o maya, los conceptos germinales reto-respuesta preconizados por Toynbee, en el sentido de sequía e inmigración a zonas bondadosamente irrigadas? ¿Se puede,

en serio, afirmar que la civilización grecorromana se deriva, cumpliendo la relación paternidad-filiabilidad, de la egea? ¿Y la civilización de Mohenjo Daro, hoy ya bien conocida, no es una civilización originaria, autoctona? ¿Y, añadimos nosotros, ya que Ortega no lo señala, cómo se explica, dentro de esa impermeabilidad de civilizaciones, los remotísimos contactos habidos unos tres mil años antes de nuestra era entre el Egipto predinástico y los periodos de Uruk, y de Jemdet-Nasr, patente en intercambios artísticos, lingüísticos, y religiosos? Las génesis de las civilizaciones no aparece demasiado clara en Toynbee, y, desde luego, muy poco convincente.

No es en esto, sin embargo, en donde Ortega hace mayor hincapié. A nuestro pensador le preocupaba la historia, sobre todo su "visión interna", su gestarse, porque la historia es el pasado del hombre, y ese pasado, queramos o no, está siempre presente en nuestro contorno. Nacemos con él, y para comprender, o intentar comprender, lo que es nuestra vida en su última radicalidad, tenemos que empezar por comprender lo que es nuestro pasado: lo que dejamos de ser y sin embargo, de un modo activo y subconsciente, continuamos siendo. A Ortega, en este caso concreto, por encima de las generalidades, lo que le interesa hallar es la concreción del "Imperio Romano" en su congruente estructura dinámica, pesquisando desde sus orígenes el significado, y las variaciones semánticas, de la palabra "imperio". Le urge captar todas las resonancias que ese vocablo tenía para los ciudadanos romanos, y su inquisición, metódica y progresiva, le lleva a descubrir una serie de conceptos básicos para el estudio de la historia, tales como el de "enriquecimiento", el de "vida absorta, y vida abierta", el de "modernidad, e ilegitimidad", etc. No es, en consecuencia, la parte más valiosa de su estudio la dedicada a demoler las arbitrariedades e inexactitudes de Toynbee, o a salvar los indudables aciertos de que éste es portador. El estudio de Toynbee, a pesar de sus defectos, encierra abundante caudal de conocimientos históricos que es preciso tener presentes. Lo que en "Una interpretación de la Historia Universal" sobresaleta, de manera magistral, es el nuevo cariz que la historia presenta al ser estudiada desde los postulados de la "razón vital", y las originales y sugestivas consideraciones que contiene

en torno al Derecho romano, y el profundo análisis que nos ofrece de la vida constituida en ilegalidad como característica de los períodos de crisis.

J. VILLA PASTUR

B. E. VIDOS.—**Manuale di linguistica romanza**.—Prima ed. italiana; trad. de G. Francescato.—Florencia, Olschki, 1959.

Ha sido un gran acierto de la Biblioteca del "Archivum Romanicum" la inclusión en una de sus series de la obra del profesor Vidos. Publicada hace unos años en holandés, estaba reclamando urgentemente una versión en idioma más accesible a la generalidad de los romanistas, sobre todo de los estudiantes. Ahora, con esta traducción, llevada a cabo, a lo que parece, de manera impecable por el doctor Francescato, la obra del profesor de Nimega, meticulosamente puesta al día, va a convertirse en insustituible manual de estudio y consulta en los cursos de lingüística romance.

La intención pedagógica de su autor al escribir el libro es evidente desde el principio. El profesor V. ha tratado de componer un manual donde se expusiesen con orden, claridad y precisión, y en lo esencial, el objeto de la lingüística románica, sus métodos y sus problemas, recogiendo además la bibliografía pertinente, sin pretender una amazcotada exhaustividad, sino la orientación oportuna e iluminadora del estudiante que la consulte. No creemos pueda discutirse la habilidad con que el profesor V. ha cumplido sus propósitos. Ha de elogiarse lo mismo su capacidad de síntesis al exponer cuestiones complejas y opiniones encontradas, como la amplitud de horizonte con que ha enfocado el vasto campo de la romanística. En efecto, el profesor V. no ha querido encastillarse en una simple consideración tradicional de la disciplina, sino que ha abierto su atención a las contribuciones contemporáneas aportadas por el estructuralismo a nuestra disciplina. Con ponderada imparcialidad se ha

molestado (y empleamos este verbo al observar el aparente esfuerzo penosísimo que el hacer tal cosa cuesta a otros ilustres romanistas), se ha molestado, decimos, en examinar, exponer y discutir, cuando era preciso, las teorías y soluciones presentadas por la fonología y demás métodos estructurales. De todo ello resulta que este libro es uno de los pocos manuales, en el dominio románico, que refleja verdaderamente una situación "up to date". ¿Que no acepta en muchos casos —y a veces con razón— las interpretaciones propuestas por algunos estudiosos estructuralistas? No importa; al contrario, el profesor V. da ejemplo de lo que debe hacerse: no acantonarse en un prejuicio, tradicional o modernísimo, sino considerar con simpatía la labor de todos y procurar extraer lo permanente, perdurable y correcto de todas las posiciones. Es este en verdad el camino que debe seguir la romanística (como las otras ramas lingüísticas), el de atender a todos los métodos, el de contar con los aportes de todos, para que nuestra ciencia avance, sin perderse en discusiones bizantinas, ni enroderarse en una senda particular ignorando las aledañas (o despreciándolas, lo que aún es peor, y, desgraciadamente, no inusitado).

La ordenación del libro es simple y rigurosa. Está dividido en dos partes de extensión bastante semejante. En la primera se exponen los métodos y diversas orientaciones de los cultivadores de la romanística; muy acertadamente el profesor V. organiza este examen cronológicamente, de suerte que, a la vez, se ofrece la historia y desarrollo de la lingüística románica como ciencia consciente de sí misma y con objetivos propios. En sucesivos capítulos se estudian el nacimiento de la disciplina, su carácter histórico-comparativo, la geografía lingüística (con sus variadas direcciones), el método idealístico, la dicotomía diacrónico-sincrónico establecida por Saussure, y, en fin, las ideas estructuralistas de los últimos decenios. Para cada uno de estos temas, el autor presenta, además de las oportunas y copiosas citas a pie de página, unas indicaciones bibliográficas fundamentales, bien seleccionadas y de utilidad para quien consulte el libro. En estos capítulos, el autor, siempre atento a la eficiencia y a la claridad, no se conforma con la mera relación teórica de los métodos lingüísticos; a cada paso, aporta el ejemplo

conveniente, analizándolo con puntualidad. El estudiante puede obtener así una idea trabada del desarrollo de la lingüística romance, una cronología nítida de sus más característicos cultivadores, una noción exacta de las premisas y fines de cada método. Para añadir algo, digamos que habría podido citarse entre los precursores de nuestra disciplina la figura interesante del benedictino fray Martín Sarmiento, del que tanto elogio hizo Piel, y cuyas ideas lingüísticas, en tantos puntos modernísimas, se podrán ver pronto expuestas en el trabajo de nuestro colega José Luis Pensado (en prensa: *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, 8, Universidad de Oviedo). Se cierra esta primera parte con un capítulo conclusivo, equilibrado y en el justo medio, acerca de los métodos a que se ha pasado revista y de lo que debe pretenderse en el futuro. No hay duda que la lingüística romance "es una ciencia histórica y que al practicarla, conviene aplicar el método histórico", que "sincronía y diacronía son inseparables", y que "se pueden revivir los diversos fenómenos lingüísticos de las maneras más variadas... con tal que, no nos alejemos de la realidad lingüística". En el aspecto bibliográfico, es lástima que el profesor V. no haya podido conocer, antes de cerrar su trabajo, el libro de H. Weinrich, *Phonologische Studien zur romanischen Sprachgeschichte*, Münster, 1958, sin duda alguna la contribución más seria y lograda del método fonológico a la historia de las lenguas romances. Puede extrañar también que la lingüística norteamericana quede apenas reducida a cuatro o cinco nombres, citados casi de pasada, y que no se haga referencia a la labor última de Jakobson ni se haga mención —para bien o para mal— del binarismo. Respecto de la escasa aplicación de la fonología a los estudios dialectales, nos parece que la culpa no es del método fonológico, sino de los dialectólogos; recordemos, sin embargo, que lo usan, de una u otra forma, sobre el dialecto andaluz Navarro, Dámaso Alonso, Zamora, Alvar, Salvador; que Herculano de Carvalho lo aplica en sus estudios sobre el mirandés, Diego Catalán sobre el asturiano occidental, etc. Naturalmente, la aplicación de la fonología no ha de consistir pura y simplemente en "fabricar" esquemas sistemáticos para satisfacer el gusto de hacer diagramas sobre el papel, sino en descubrir cómo funcionan los sonidos del dialecto y cómo se interfieren eventualmente con los

de la lengua oficial; no hay que hacer anatomía descarnada, sino fisiología viva.

La segunda parte está consagrada a los problemas fundamentales de las lenguas romances, que son tratados con rigor e imparcialidad, y, como en la primera sección del libro, van acompañados de las indicaciones bibliográficas pertinentes. Tras el capítulo introductorio, sobre las denominaciones "romanus" y derivadas, que determina adecuadamente el medio sociocultural en que nacen y crecen los romances, se ofrecen cinco capítulos dedicados a otras tantas cuestiones. En uno se examinan los orígenes de las lenguas neolatinas, las causas que determinaron su nacimiento y su evolución ulterior: romanización, situación del latín, idiomas de sustrato y superestrato, comunicaciones y divisiones geográficas, el cristianismo; ahí se pasa revista crítica a diferentes teorías para explicar la diversificación del latín: se aceptan algunas explicaciones sustratísticas, como el eusquerismo de la pérdida castellana y gascona de *f-*, o el más discutido osquismo de las asimilaciones tipo *mb-m*; pero se rechazan otras, como el supuesto celtismo del paso de *-et-* a *-it-*, y se refuta la influencia germánica para la diptongación en sílaba libre de la Galia e Italia, etc. El profesor V. resume sus conclusiones diciendo "que el problema central del origen de las lenguas romances reside en la naturaleza del latín, y que todos los demás factores considerados... no hacen en verdad más que determinar ulteriormente la esencia del latín". El capítulo siguiente sobre las variedades esenciales del romance es breve: en él se discuten términos frecuentes del tipo "iberorromance, galorromance", etc.; a pesar de lo relativo de su validez, "conservan, sin embargo, su significación metodológica". Más amplio es el capítulo cuarto, sobre los dialectos y las lenguas romances: qué es dialecto y qué es lengua; cómo, dónde y por qué se establecen los límites entre lenguas y dialectos; cuáles son las lenguas y cuáles los dialectos romances, son los puntos fundamentales aquí tratados, a todo lo cual se agrega una utilísima revista bibliográfica sistemática. El autor afirma que "no hay ningún criterio que pueda determinar la diferencia entre dialecto románico y lengua románica, puesto que la esencia de una lengua se determina no por sólo el criterio lingüístico, sino también por factores

históricos, políticos, culturales y literarios”: por tanto la clasificación de nuestros dialectos y lenguas tiene que ser forzosamente histórica, “según las ciencias del espíritu”: en consecuencia, los motivos históricos explican la situación geográfica de los diferentes dialectos, e igualmente la constitución de algunos de ellos en lenguas literarias. En el capítulo quinto se examinan las características de los romances: cuáles son innovadores, cuáles conservadores, son preguntas demasiado vagas e imprecisas. ¿Es más conservador (respecto del latín) el portugués que el castellano? Según lo que examinemos: ¿es mayor innovación la *h*- aspirada, o la *j* moderna del castellano, que la pérdida de *-u-* y *-l-* y las nasalizaciones del portugués? Desde luego, hay que distinguir “lo que verdaderamente caracteriza de lo que es relativo”: pero lo verdaderamente característico de una lengua no es lo que la diferencia de otra u otras, histórica o sincrónicamente, sino su unicidad, el conjunto de todos los elementos que la constituyen, sean o no iguales o semejantes a los de otros idiomas. Hay que evitar, y así lo hace el profesor V., que los preconceptos psicológicos hacia la comunidad de hablantes se proyecten sobre la lengua misma. En el último capítulo, se examina la afinidad latino-románica, esto es, el resultado lingüístico de acercamiento producido por una vida histórica común, cada vez más común, de las lenguas romances (y aun de las no romances europeas). Se agrega un índice analítico que presta muy buen servicio. Señalemos un pequeño detalle: ¿por qué las palabras rumanas aparecen con la vieja ortografía, escribiéndose *román, Cămpulung*, etc., en lugar de *román, Cîmpulung*?

En resumen, el libro del profesor Vidos es un manual claro, imparcial, pedagógico, bien meditado. Ahora haría falta que tras este libro forzosamente introductorio, el mismo profesor V. nos ofreciese una historia de las lenguas románicas, con todos sus detalles y problemática.

E. A. LL.